



OSCURIDAD

ELENA P. MELODIA

¿Te imaginas que tus premoniciones se convirtieran en realidad?
Abre el cuaderno de Alma y descubre lo que es el miedo.

Oscuridad



Oscuridad

— My Land —

Elena P. Melodia

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

Título original: *Buio*

© Elena P. Melodia, 2009/Ó Fazi Editore, 2009
Primera publicación en Italia en 2009 por Fazi Editori
Título publicado por acuerdo con SalmaiaLit.

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Jorge Rizzo
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-129-5
Depósito legal: M. 13.318-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Pierdomenico

¡Oh!, le dije yo, entonces ¿ya estás muerto?
Y él a mí: Cómo esté mi cuerpo
en el mundo arriba, lo ignoro.

Tal es la cualidad de esta Tolomea
que muchas veces cae aquí el alma
antes que Átropo le dé la vuelta.

Y para que tú de buena gana me raigas
las vidriosas lágrimas del rostro,
sabe que así que un alma traiciona,

como lo hice yo, de su cuerpo se apodera
un demonio, que luego lo gobierna
hasta que su tiempo todo esté cumplido.

El alma se derrumba en esta cisterna;
y tal vez aún se muestre el cuerpo arriba
de la sombra que aquí detrás de mí inverna.

*E*stá oscuro.

Camino, pero no me muevo. Las piernas me pesan como el plomo y en la cabeza siento el golpeteo de unos pasos inmóviles, que martillean sin cesar, mientras empiezo a sentir frío. Tiemblo, y no tengo modo de calentarme. También los brazos los tengo paralizados. Me duelen, con un dolor que nunca antes he sentido, como si estuvieran a punto de separarse del cuerpo.

Intento gritar, pero no lo consigo. No me sale más que un hilo de voz ronca y desafinada, como el sonido de un instrumento de viento sumergido demasiado tiempo en el agua.

¿Dónde estoy?

Observo que unos ruidos antes lejanos se van acercando cada vez más y sigo temblando, ahora ya también de miedo.

Después abro los ojos y no veo nada. Sólo oscuridad. ¿Realmente los he abierto? Sí: veo un hilillo de luz abajo, a mi derecha. Y oigo voces que me resultan familiares. Del otro lado de una puerta.

Me levanto de golpe y descubro por fin que puedo moverme.

Estoy en mi cama.

Estaba durmiendo.

Respiro despacio, a la espera de comprender la situación. Ha vuelto a suceder. La frontera entre sueño y vigilia ya no existe, y las pesadillas son reales, la realidad de un infierno. El sueño se vuelve realidad. Y también el sueño es un infierno.

Me sucede a menudo, desde el día del accidente.

Busco a tientas la lámpara de la mesita. Es horrible, rosa, con la pantalla de plumas sintéticas.

Lo primero que veo es el cuaderno violeta, que ha caído por los suelos al levantarme de golpe. Lo compré ayer; estaba expuesto en el escaparate de una papelería del centro, una tiendecita de poca monta que no había visto siquiera antes. Habrá sido por el color, violeta, pero enseguida me pareció precioso. Aún no sé qué escribiré en él, o si escribiré algo. Estoy contenta de haberlo comprado. Tenía que hacerlo, y ya está.

Ahora el cuaderno está tirado por el suelo, descoyuntado entre libros de texto que repiten, aburridos, las mismas historias inútiles de siempre. Oigo el repiqueteo de sus palabras, de sus números de página. Veo sus horribles ilustraciones, las marcas dejadas por mi lápiz, que subraya líneas, unas iguales que las otras. Pienso en el colegio.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Infierno.

Echo un vistazo al despertador, viejo y ruidoso. Es pronto, no son más que las seis.

Infierno.

Más ruidos. Demasiados. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos.

Es martes.

Los ruidos los hace Jenna, mi madre, que hoy empieza antes el turno en el hospital. Es martes. Y ella es enfermera. No sé cómo lo hace. Yo no haría nunca su trabajo. Días enteros ocupándote de gente que está mal, lavándola, cuidándola. ¿Para qué? Quizá para acabar un día en la misma cama con la esperanza de encontrar una enfermera como ella, que te lave y te cuide mientras tú estás mal, muriéndote. No, gracias. No es para mí.

Permanezco inmóvil bajo las sábanas, a la espera de que la luz del día se filtre a través de las cortinas. Después me levanto y me acerco a la ventana, una enorme ventana inútil como el aire acondicionado en Laponia, porque da siempre y exclusivamente al gris. El gris de los edificios, de las calles, incluso del cielo. Miro a lo lejos, más allá del río legamoso, a los aviones que desfilan por las pistas del aeropuerto. Cómo me gustaría irme de aquí.

Miro el cielo, pero en realidad no lo veo.

Hoy, como siempre, llueve.

Tac, tac, tac. La lluvia repiquetea sobre el vidrio como si quisiera llamar mi atención. Salgo de la habitación y recorro el

pasillo desierto hasta el baño. La oscuridad de la pesadilla me asalta de nuevo, invadiendo de pronto mis pensamientos. Habrá sido un sueño, sólo un sueño, pero me siento destrozada. Me miro al espejo y la oscuridad se desvanece poco a poco. Soy guapa, a pesar de todo.

Me quedo allí, mirándome.

De vez en cuando me da por pensar cómo sería mi vida si fuera fea, si no tuviera estos ojos verdes que tanto me gusta fijar en los chicos para ponerlos violentos, o esta melena negra y lacia, tan brillante que daría envidia a una geisha, o este cuerpo que no engorda por mucho que coma. ¿Cómo sería mi vida?

Sería una porquería. Una única, colosal e irremediable porquería. Pensad lo que queráis: la verdad es que la belleza es una forma de poder.

La única que tengo.

La única verdad, quiero decir.

—Y además, a mí el poder me gusta... —digo en voz alta, al tiempo que me guiño un ojo frente al espejo.

Afuera llueve.

Me miro a los ojos.

Ya me encuentro mejor.

En el pasillo me cruzo con la silueta errante de mi hermano Evan. Cuesta creer que seamos hermanos. Evan lleva sus catorce años como quien lleva un abrigo viejo: avergonzándose. Pasa los días quitándoselos de encima como si fueran tiritas. Tiene un único objetivo: cumplir dieciocho años para tener libertad de hacer lo que quiera, de dejar de estudiar y de irse a vivir por fin con Bi, su novia, único ser humano con el que habla realmente o con quien interactúa de algún modo.

Evan tiene el pelo lánguido, sin vida, y se viste siempre del mismo modo: pantalones elásticos y sudaderas desastradas, grandes zapatones e imposibles camisetas descosidas. Todo rigurosamente oscuro. Tiene pasión por los *piercings*; debe de llevarlos por todas partes.

La última novedad es un imperdible en la mejilla.

—Monísimo —comento sarcástica en cuanto lo veo.

Ninguna respuesta, sólo una mirada oblicua acompañada

de un sonido como el borboteo de una vieja cafetera harta de hacer su trabajo.

Evan me esquivo y desaparece. A esta hora de la mañana lleva ya en las orejas esos auriculares que disparan música *punk-rock* a dos mil decibelios.

Suspiro. No hay nada que hacer. No creo que se deba a los tres años que nos separan, ni al hecho de que es un chico. Evan es un ser de otro planeta aún por descubrir. Y con él no hay comunicación, punto.

Va dando tumbos hasta su habitación y se encierra dentro. Tengo una imagen fugaz de su futuro: no hay nada, sólo problemas.

Antes o después los hechos me darán la razón.

Y entonces nadie podrá hacer nada de nada.

Me visto rápidamente y me cargo la mochila al hombro. Es violeta, como el cuaderno que compré ayer y como otras mil cosas mías. Es violeta porque todo lo que me gusta es violeta.

Abro la puerta de casa y la cierro a mis espaldas. Estoy lista para ir al colegio.

Hoy es día de bautizos.

A mi llegada todo está como tiene que ser. Al menos aquí.

Fuera, el grupito de chicos de siempre se me queda mirando mientras cruzo el pasillo abarrotado del primer piso. Siento sus ojos fijos en mí. Será porque me he puesto *shorts* blancos, esos que mi madre considera demasiado cortos para el colegio. A juzgar por las miradas que atraigo, quizá no esté tan equivocada. Bien.

Veo mis muslos delgados tensarse a cada paso. El suelo de linóleo verde resuena, sordo, bajo las suelas de mis botas de piel negra.

Llego al segundo puesto de control que toda chica debe afrontar tras la entrada en el colegio. Ahí están, como siempre, y también Ian me mira. Aparta la mirada, fingiendo que habla con su grupito de atontados. Desde luego es majo, pero suele estar rodeado de demasiadas chicas para mi gusto. Va diciendo por ahí que muy pronto saldrá conmigo. Se cree irresistible.

Y no lo es.

Me daré el gusto de salir con Rubi, su amigo marginado, e Ian no entenderá por qué lo hago. Lo dejaré con la boca abierta, como un enorme y estúpido pez varado en la playa.

Me sonrío, y yo le sonrío. No sabe qué esperar, pero cree haber entendido. Quizás acabe por dejar de rodearse de amigos insignificantes e intente salir al descubierto.

Y anunciarles a todos lo que hará.

Es mono.

Pero es un perdedor.

Mis amigas, en cambio, son diferentes. Todas ellas tienen una personalidad ganadora. Seline, siempre alegre y curiosa, sería capaz de pasarse una semana entera exclusivamente haciendo compras. Agatha, taciturna e introvertida, es independiente y decidida. Y Naomi, vivaracha pero equilibrada, es de esas que dicen siempre lo que piensan. Me esperan en clase, como todas las mañanas. Nuestra relación es muy simple: han decidido que yo sea su guía. Prefiero el término «guía», porque «jefa» implica dar órdenes y formar parte de un grupo, que no es mi caso. Son ellas las que me siguen, dado que se fían de todo lo que digo y hago. Es una decisión suya, no mía. Ésa es la fuerza de nuestra amistad.

—Hola, chicas —las saludo, sin mover ni un músculo del rostro.

A veces me dicen que soy fría, y quizá sea cierto. Pero dosificar las emociones no es sólo un deber, sino también una necesidad: sonrisas y lágrimas pueden ser muy peligrosas si se dejan fuera de control. Hay que gestionarlas con cuentagotas para que no caigan en manos de algún desgraciado capaz de usarlas en tu contra.

—¿Cuántos bautizos tenemos hoy? —pregunto, posando la mochila sobre el pupitre.

No hacemos nada malo. Y sobre todo son las chicas de primero las que nos lo piden. Previa solicitud, las examinamos. Si quieren el bautizo, que significa contar con nuestra amistad, tienen que afrontar cuatro pruebas: pasar una noche solas fuera de casa, robar en una tienda, convencer a una persona de nuestra elección a que hagan algo (cualquier cosa) y destruir en nuestra presencia algún objeto al que le tengan mucho cariño.

Si lo consiguen, las bautizamos, y automáticamente se convierten en personas dignas de nuestra amistad. Porque eso es lo que es la amistad: respeto y confianza. Nada de grupos, nada de jefes, ni de estructura. Se trata de elegir libremente las compañías.

—Creo que será mejor posponer los bautizos —dice Naomi.

—¿Y eso?

—Tenemos un problema.

—¿Qué problema? —La miro fijamente a los ojos.

—Éste.

Naomi me enseña la pantalla de su móvil.

Abro los ojos como platos. Veo el cuerpo semidesnudo de una chica; está de espaldas. ¡Es Seline!

—Decidme que no es verdad...

—Me temo que sí.

Seline sacude su cola de cabellos rubios.

—¡Ha sido él! ¡Es un asqueroso! —casi grita Naomi, fuera de sí.

—Tenemos que hacer algo —susurra Agatha, con una calma gélida que parece instalarse furtivamente entre nosotras.

Tiene toda la intención de organizar un castigo ejemplar.

Las miro. Asiento. Él, el asqueroso, se llama Adam y es sin duda uno de los guapos más impresentables del colegio, conocido por una serie de bravatas más o menos graves. Hacía mucho tiempo que rondaba a Seline, atraído por sus formas suaves y su dulzura. Y había acertado: Seline es buena, algo poco frecuente y peligroso. Naomi la había avisado, pero Adam ha sabido hacerlo. La ha cortejado por todos los medios, enviándole incluso un ramo de rosas blancas. No sé cómo se las habrá apañado para comprarlas. Las rosas valen dinero. Desde luego, Adam no es de familia rica, pero siempre lleva dinero en el bolsillo. Y ella entró al trapo, se dejó llevar. Nos dijo que no llegaría tan lejos.

Y sin embargo...

—Te avisé —la reprendo—. Quien juega con fuego acaba quemándose.

No me gusta subrayar lo evidente, pero de hombres Seline entiende lo que un niño de altas finanzas.

—Tenías razón —responde ella, con la cabeza gacha y los ojos fijos en sus manolequinas plateadas.

—¿Cómo ha sucedido?

Seline me mira, ruborizada. Está a punto de llorar, pero se contiene. Nunca me ha visto con lágrimas en los ojos e intenta imitarme. El esfuerzo le impide hablar.

Lo hace Naomi en su lugar. Me cuenta que Adam se coló en los vestuarios femeninos del gimnasio y fotografió a Seline mientras se vestía, tras la ducha.

—No creí que pudiera llegar tan lejos...

Ahora Seline solloza.

—Vaya si podía —digo yo.

Mi tono de desprecio es como una mecha que hace explotar el río de lágrimas que hasta aquel punto Seline había conseguido contener.

Las chicas se quedan en silencio por un momento, a la espera de que yo diga algo más, pero no encuentro nada que decir. Es uno de los raros casos en que la ingenuidad de Seline me ha dejado sin palabras.

—Sólo hay un problema: ¡la ha filmado con el móvil!

Naomi siempre se muestra resuelta en sus observaciones. En los momentos difíciles, su pragmatismo es una característica que valoro mucho.

—¡Y ahora la habrá visto todo el colegio!

—Exactamente.

Agatha sigue callada.

18

No me lo puedo creer. ¿Cómo se puede ser tan estúpida de caer en una trampa como ésa? Siento que me invade la rabia, pero poco a poco deja paso a una sensación más líquida y se convierte en pena. Compasión. Pienso en cómo debe de estar Seline, la humillación y el sufrimiento que debe de sentir.

—Tiene que pagar por esto —sentencia por fin Agatha, con un tono seco y decidido.

—¿Y cómo? —pregunta Seline, entre lágrimas.

Los ojos negros de Agatha se iluminan de pronto como un fogonazo.

—Démosle un susto de muerte.

—¿Un susto?

—Exacto.

—Explícate mejor.

Agatha es tranquila, lúcida, metódica. Pero a veces casi me da miedo saber qué piensa.

—Le esperamos en el río y le enseñamos cómo nos las gastamos. Esta tarde, Adam estará solo, no habrá obstáculos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Eso importa?

La miro sorprendida. La conozco hace poco, desde que se mudó a la Ciudad con su tía. Según parece es huérfana y no

tiene más parientes. Superó las cuatro pruebas del bautismo con extrema facilidad.

Una vez nos dijo que somos su familia y que haría cualquier cosa por no acabar encerrada en un internado. No sé si hablaba en serio, pero yo, como familiar suya, intuyo que esconde algo más profundo, algo que no dice.

Algo malo.

*M*i colegio da asco.

Y no creo que mi opinión mejorara mucho si ocupara uno de esos lujosos edificios rodeados de verde que se ven en las películas. Aunque, eso sí, tendría un aspecto menos lamentable.

20 No me quejo de haber nacido en una familia de semifracasados sin grandes posibilidades económicas, pero tengo la convicción de que mi cerebro merece educarse en un lugar mejor que esta caja blanca que parece un barracón, con suelos de linóleo verde moteados de chicles y con las paredes estropeadas tras años de peleas, empujones e insultos.

Las aulas son grandes y están iluminadas por kilómetros de fluorescentes, como gigantescas salas de un viejo hospital, donde una palabra resuena con la fuerza de un grito y el blanco deprimente de los techos recuerda el vacío que uno tiene dentro cada día en cuanto atraviesa el umbral. Unas grandes ventanas rectangulares intentan hacer llegar al interior una luz que con demasiada frecuencia falta también fuera, mientras los nuevos pupitres de formica gris te van diciendo que antes o después el plástico ocupará también tu lugar.

En todo el colegio no existe un rincón donde se pueda posar la mirada y dejar vagar la mente. No existe un lugar donde se pueda disfrutar de una sana y tranquila soledad, porque cada metro de los largos pasillos, cada escalón de la absurda escalinata, cada rincón de los baños está atestado de cuerpos en movimiento, de máquinas de café que nunca dan el cambio, de lavabos atascados, de bocas que hablan, fuman, insultan y después, al final, dejan este edificio vacío y silencioso como un gran barco antes del naufragio.

Y

En cuanto a los profesores, darían para escribir el guion de una película grotesca. Imaginaos a un equipo de fantoches vestidos por una modista loca, o simplemente daltónica, que aparecen en clase desde la nada de un pasillo y que en la nada desaparecen, como si no tuvieran otra existencia más que la del interior del colegio. Fantoches que vomitan un guion preestablecido, siempre igual, y que obligan a recitar cada mañana.

Así se va la mitad de mi vida.

Sólo hay uno que se salva. El profesor de ciencias y química, que todos, incluidos los bedeles, llaman Profesor K, aunque nadie recuerda ya por qué. El Profesor K es albino y de piel clarísima. Tiene una edad indefinible y se dice que tiene los ojos rojos, como las criaturas de la noche, pero es difícil comprobarlo, porque lleva gafas oscuras hasta en clase. Habla poco y siempre con intención, y tiene una voz profunda y rasposa, casi sensual. Su piel desprende un olor insólito, a vainilla, que se distingue del nauseabundo batiburrillo de lociones para después del afeitado que flota por los pasillos.

21

Conozco a chicas que darían lo que fuera por llevárselo a la cama. Pero el Profesor K da la impresión de ser impermeable a cualquier tentación. De vez en cuando me da la impresión de que me mira fijamente a través de sus gafas oscuras y entonces le devuelvo la mirada, hasta que la impresión desaparece. No es que me desagrade. Imagino que, cualquiera que sea el color de sus ojos, su mirada no debe de ser pegajosa como la de Ian. Parece casi como si me estuviera examinando, pero para entenderme, no para juzgarme. Del mismo modo que yo observaba a Agatha, que destruía a martillazos la rueda de su bicicleta para superar la cuarta prueba del bautismo.

Me pone un poco nerviosa, pero su comportamiento impecable no deja lugar a dudas: el Profesor K es sin duda un gran tipo. Un hombre misterioso y muy inteligente.

Su presencia es lo único que hace justificables las horas transcurridas ahí dentro.

Y

22 Mi pupitre está en la quinta fila y eso significa dos cosas: la primera y fundamental es que los profesores me consideran una alumna «diligente» y por eso no me tienen en uno de los sitios frente a la mesa del profesor, ocupados por esas cabezas de chorlito que no han comprendido aún que dar la nota en clase no sólo es inútil, sino también contraproducente. Si molas, eso se ve fuera de estas paredes, donde nadie te protege ni te dice cómo comportarte; donde estás tú frente al mundo. Lo segundo es que desde mi pupitre controlo toda la clase. Veo a los dos inútiles sentados en la cuarta fila, que se pasan las horas formando equipos de fútbol inexistentes en los que luego apostarán y con los que perderán el dinero. Veo a la chica de la sexta, que aún no recuerdo cómo se llama, que no para de tomar apuntes con bolígrafos de diferentes colores. ¿Para qué le sirven todos esos colores? Chica, lo que escribes es gris, por mucho que lo adornes. A la derecha tengo a las «bolsitos», como las llama la profesora de arte: cuatro chicas tan monas como vacías que confunden el aula con el salón de su casa. Se visten imitando a las cantantes famosas, no hablan más que de marcas de ropa que nunca podrán permitirse y les mandan a los chicos notitas kilométricas llenas de insulsos corazoncitos. Los chicos de mi clase están todos en las dos primeras filas. Dos negros, un asiático, un rubio y el quinto, que desde que lo conozco nunca se ha quitado la gorra de la cabeza. Cuando caminan, se les pueden oír las cadenas que llevan al cuello. Nos hablamos con monosílabos. Las palabras más largas son insultos. ¿Son estos los pilares del futuro?

La verdad es que estoy rodeada de maniqués animados que se mueven y hablan siempre y exclusivamente siguiendo un programa preestablecido. Qué vida más inútil la suya.

Ha entrado el primer profesor de la mañana, el de matemáticas. Tiene los ojos enrojecidos y las ojeras lívidas, como si hubiera pasado las últimas dieciocho horas frente a la pantalla del televisor.

Ahora se girará y empezará a escribir filas de números en la pizarra. Todos le seguiremos los primeros dos minutos, luego cada uno se perderá en una cifra al azar y se limitará a responder sí cuando, con la pizarra llena, el profesor se gire, satisfecho, y pregunte: ¿Lo habéis entendido?

A lo mejor es él quien no lo ha entendido.

Y

Al sonar el timbre, Naomi, Seline, Agatha y yo abrimos nuestros paraguas para protegernos de la lluvia. ¿Para qué servirá toda esta agua?

—Mira, ahí está Morgan —me indica Naomi.

Echo una ojeada hacia la verja del colegio.

Lo veo. Está apoyado en una de las dos columnas a los lados de la puerta. Va vestido de oscuro, como siempre, y se ha enfundado un gorro de lana para protegerse de la lluvia. Morgan no sólo es guapo, tiene algo más. Mis amigas, Naomi la primera, sostienen que es mi tipo ideal. Quizá. No sé. Por ahora no tengo un «tipo ideal» en mente. Por ahora no tengo nada.

Está discutiendo con alguien, pero no consigo ver con quién.

—Esperadme aquí.

Cierro el paraguas y me pongo yo también un gorro parecido al de Morgan. Cruzo el patio esquivando los charcos. Cuando llego está solo. Qué raro; la persona con la que hablaba parece haberse desvanecido en la nada. Él me mira con expresión de culpabilidad, como si le hubiera sorprendido robando. Aprovecho la situación para estudiarlo mejor. No sé si es por su físico esbelto y perfecto o por sus cabellos rubios de ángel o sus ojos casi violeta, o si es por el hoyuelo que le aparece cuando sonrío en el lado izquierdo de la boca, pero el hecho es que Morgan es sin duda el chico más interesante que conozco. Y estoy segura de que también es el más peligroso.

—Hola, Alma.

Con dos palabras su indecisión ha desaparecido y me encuentro desplazada: ahora soy yo la que está fuera de lugar. Pero no bajo la mirada.

Es raro. Normalmente intuyo las intenciones de la gente, las preveo, no fallo a la hora de decir algo. Pero con él no es así. A veces lo siento extrañamente próximo, y sin embargo nunca sé lo que piensa. Sólo podemos hablar como en una partida con las cartas cubiertas.

—Hola, Morgan.

—¿Me buscabas?

—No. Pensaba que estabas hablando con Adam. Es a él a quien busco.

Me encanta mi capacidad de improvisación.

—No estaba hablando con nadie.

Su voz es tranquila y mesurada. Y sin embargo estoy segura de que antes había alguien con él, escondido tras la verja. ¿Por qué miente?

—Tienes razón. No estabas simplemente hablando. Estabas discutiendo.

—Te equivocas, Alma.

Subraya especialmente mi nombre al pronunciarlo. Parece una advertencia, pero no entiendo si es una amenaza o un consejo.

Esbozo una sonrisa, entre irónica y divertida. Me acerco a él de puntillas y coloco los labios junto a su oreja lentamente. Lo que sea por las amigas que me están mirando.

—Entonces perdona, Morgan —susurro.

Respiro el aroma tibio de su piel. No huele a nada.

Él permanece inmóvil, no se inmuta. Después se gira de golpe y volvemos a encontrarnos cara a cara, con mi nariz a pocos milímetros de la suya. La tensión aumenta a toda velocidad, como si no hubiera aire que nos separara. Pero aumenta también la lluvia, se vuelve más densa y pesada, y nos despierta. Nos llevamos instintivamente las manos a la cabeza y miramos alrededor buscando dónde ponernos a cubierto.

Las chicas siguen junto a la entrada, esperándome.

—Hasta luego.

Me alejo sin mirarlo siquiera, pero siento sus ojos clavados en mi espalda.

—Nos vemos —responde él, y parece divertido, casi como si quisiera decir «nos veremos antes de lo que te imaginas».

La lluvia cae con furia a mi alrededor. Corro chapoteando, levantando el agua de los charcos con las botas.

—¿Qué pasa? —me pregunta Naomi en cuanto llego a su altura.

—Nada interesante.

No tengo ganas de contarles nada.

En el fondo no son más que sensaciones.

Y en cualquier caso son mías.

Sólo hay una luz encendida en la gran sala común de la agencia publicitaria.

Es la de la mesa de Alek, que se ha quedado trabajando en el story board de una campaña importante. Una promoción para un nuevo modelo de yate de lujo.

Son las dos pasadas, y todo lo que le rodea está sumido en un completo silencio.

A Alek nunca le ha pesado trabajar hasta las tantas. Al principio incluso lo encontraba fascinante: toda la agencia a su disposición. Pero últimamente ha empezado a experimentar una cierta inquietud al ver a sus colegas irse a casa uno por uno, al vaciarse los escritorios, al apagarse las voces por los pasillos hasta desaparecer.

Sacude la cabeza para ahuyentar pensamientos que considera estúpidos. Intenta concentrarse en el trabajo. Consulta su caro reloj; se lo ha regalado Shel, su novia. Es guapísima, aunque él sabe que nunca tendrá hijos con ella. Si alguna vez los deseara...

Alek sonríe. Son casi las tres de la madrugada: es hora de volver a casa. Con una calma metódica pone en orden la mesa, tira a la papelera el vaso de papel vacío de donde ha bebido su habitual café de cebada, apaga la luz de su lámpara y enciende el interruptor de la iluminación principal. De golpe la gran habitación sale de la oscuridad. Los fluorescentes resultan casi cegadores tras tanta penumbra. Alek entrecierra los ojos. Ve algo que se mueve a lo lejos, por la pared del fondo.

—Estoy realmente cansado —murmura.

Bosteza para recuperar un poco de oxígeno.

Coge las tablas de la campaña y las mete en una carpeta de cartón azul oscuro que se pone bajo el brazo.

Se dirige hacia la salida, pero sus pasos no hacen ruido sobre la gruesa moqueta de color marfil que cubre el suelo.

Una puerta se cierra ante él. Alek se frena de golpe, asustado.

Echa a andar de nuevo. Habrá sido una ventana abierta que se ha cerrado con la corriente, supone. Pero en realidad no lo cree.

Lanza ojeadas furtivas a su alrededor, con la desagradable impresión de que alguien lo está observando.

Acelera el paso y llega a los ascensores. Suben dos hasta su planta. Las cuatro puertas lacadas se abren a la vez: están vacíos. Alek entra en el de la izquierda y se da la vuelta de golpe para mirar a sus espaldas. Ya dentro del ascensor en movimiento, se da cuenta de que el otro también está bajando. La sensación se vuelve cada vez más concreta e inquietante.

Está seguro de que lo están siguiendo.

En la planta baja, no obstante, el vestíbulo está vacío. Y por suerte iluminado.

Alek se dirige rápidamente a la puerta de entrada. La abre y vuelve a cerrarla a sus espaldas. Va hacia el aparcamiento. Su coche se ha quedado solo; es un viejo descapotable blanco con la capota negra, regalo de licenciatura de sus padres. Tras el coche, al fondo, una gran valla publicitaria representa una montaña rusa cuyas vías desembocan en una gran inscripción: GRAN INAUGURACIÓN EL 19 DE FEBRERO. Es una de sus campañas.

¿Por qué no habré aparcado más cerca?, se pregunta, nervioso, mientras atraviesa el parking. El otro ascensor ya ha llegado a la planta baja, pero Alek no se vuelve. Camina más rápido.

Es casi una carrera para llegar a la puerta del descapotable blanco, con las llaves preparadas en la mano. En la otra lleva la carpeta azul, apretándola con todas sus fuerzas. Piensa que, una vez dentro, estará a salvo. Volverá a casa y se dará un buen baño caliente antes de irse a dormir.

Ahora está un poco más tranquilo.

Sí, sólo es sugestión, se repite, mientras mete la llave en la

*cerradura del coche. Pero no tiene tiempo de darle la vuelta.
Siente un golpe seco en la nuca.*

Alek cae al suelo, en una oscuridad total.

Una oscuridad que no volverá a ser luz nunca más.

El deseo de venganza es innato, lo he leído en algún sitio.

En efecto, no creo que existan muchas personas incapaces de vengarse, igual que son pocas las incapaces de mentir. A menudo reaccionamos ante el daño que hemos sufrido. A cada ataque, una defensa. Nada más. Lo que está claro es que la venganza no nos ayuda a olvidar el daño, ni a borrarlo. Como mucho nos da la sensación de haber hecho un poco de justicia. Pero también el concepto de la justicia es algo personal.

28

Hoy castigaremos a Adam.

Me despierto algo nerviosa. Me ha costado dormirme y he tenido un sueño agitado. A oscuras, busco a tientas la luz de la mesita. Enciendo mi fea lámpara. Jenna me ha prometido que me regalará una nueva para mi cumpleaños. Peor que ésta no podrá ser.

Mi cuaderno violeta sigue ahí, a los pies de la cama. Nadie lo ha apartado. Nadie entra nunca en mi habitación. Fijo la mirada en la portada, luego me pongo en pie y lo cojo con la mano. Hay algo escrito, un relato con mi caligrafía. ¿Cómo es posible? No recuerdo haber escrito nada.

Sólo hay una luz encendida en la gran sala común de la agencia publicitaria... leo, y cuando me dispongo a seguir, alguien llama a mi puerta.

Es Lina.

Lina es mi hermana, tiene nueve años y es muda. No lo es de nacimiento, sino desde el 2 de julio de hace dos años, cuando a la una y media de la tarde un hombre se tiró del séptimo piso

de un edificio, estampándose contra el suelo. Ella llegó al lugar con Jenna unos minutos después y no tuvo tiempo más que de ver el rostro del hombre, extrañamente íntegro a pesar del impacto, antes de que quedara envuelto por una gran bolsa de plástico oscuro. Era el rostro de su padre (y, casualmente, también del padre de Evan).

No creo que existan palabras para expresar lo que sintió. Y probablemente eso es lo que piensa ella, dado que decidió no buscarlas siquiera. Cuando su padre se fue, no dijo nada. Y así sigue desde entonces, muda, a pesar de que grandes médicos, curas e incluso algún mago a los que ha acudido la pobre Jenna hayan intentado convencerla de lo contrario por todos los medios.

Se expresa con la mirada y dibuja. De su voz sólo nos queda algún recuerdo grabado en las películas de las vacaciones. En esas películas también aparece su padre.

Tras su muerte, la policía inició una breve investigación, conducida con empeño por el agente Sarl, que en aquel período se convirtió en una presencia habitual en nuestra casa. Se determinó que el padre de Evan y Lina se había suicidado y se decidió no hablar más del asunto por respeto a mis hermanos.

En cuanto a Evan, creo que borró a su padre de su ya breve lista de afectos en el momento en que lo perdió de un modo que él juzgó propio del peor canalla. En aquella época no era más que un niño, pero de aquel día conserva un paquete de los cigarrillos que fumaba su padre clavado a la pared, cerca de la cama. No quiere olvidar, o sencillamente necesita un objeto sobre el que descargar todo su odio cada noche antes de dormirse y cada mañana al despertarse.

—¿Qué hay, pequeña?

Lina me tiende la mano con el puño cerrado. Después lo abre. En la palma tiene su amuleto: un colgante de oro en forma de campanita. La abuela, la madre de Jenna, se lo regaló cuando nació, diciéndole que la protegería y le apartaría de las elecciones equivocadas. Siempre lo ha llevado colgado de una pulserita que lleva en la muñeca izquierda.

La miro fijamente a los ojos, grandes y oscuros, y no veo más que una niña envejecida, demasiado decepcionada por la vida como para concederle otros errores.

¿Cómo lo ha hecho para comprender que hoy es un día particular? No lo sé. Quizá sea el poder del silencio.

—¿Estás segura de que no quieres quedártelo? Es tu amuleto.

Lina sacude la pequeña cabecita cubierta de cabellos castaños.

—Bueno, pues gracias.

Acepto el colgante y cierro el puño, consciente de que será, como siempre, un secreto entre nosotras. Ella desaparece por el pasillo; yo vuelvo a cerrar la puerta y me cambio. Antes de salir, me meto el colgante en el bolsillo de la chaqueta.

El día transcurre como mil otros, indoloro, pero rápido. El aburrimiento del colegio, con las mismas caras y las mismas lecciones, es hoy más insoportable porque hay un objetivo que alcanzar. Y el objetivo es castigar a quien se lo merece: Adam.

Hemos estudiado todos los detalles.

30

Todas las tardes Adam sale a correr. Suele ir al Parque Pequeño, no muy lejos del colegio; otras veces corre junto al río. Poco antes del Puerto Viejo, unos tramos de escaleras llevan del camino principal a un terraplén por el que no pasa mucha gente, porque se inunda con frecuencia. Es más bien largo y llano, lo que hace que durante el día haya quien lo use para hacer *jogging* o dar un paseo con el perro, pero al atardecer se convierte en el reino de las bandas: *skateboarders* contra *skaters*, *skaters* contra *traceurs*. Cada uno tiene su zona, y sus propios intereses. El espacio debe conquistarse, como en la jungla. Allí es donde encontraremos a Adam esta noche. Sólo un loco como él, que no tiene nada que ver con las bandas pero que se presenta ante ellas con un aire de superioridad, puede adentrarse en aquella tierra de nadie cuando se pone el sol.

En un ambiente como aquél no es nada nuevo que haya un poco de violencia. No hace caso ni siquiera la policía, que ya está acostumbrada a palizas y peleas. En muchos casos son los propios policías los que las provocan. Es el lugar perfecto para una emboscada.

Las chicas y yo nos encontramos al pie de las escaleras, vestidas de oscuro y con las capuchas sobre la cabeza. Bebemos cerveza y fumamos, para no atraer demasiado la atención.

—Silencio y calma —digo—. Cada una sabe lo que tiene que hacer.

Por debajo de las capuchas, los ojos de Naomi, Seline y Agatha reflejan la luz de las farolas del borde del terraplén.

Hemos pensado hasta en el último detalle: dónde sucederá, quién le bloqueará el paso y quién le rociará los ojos con el spray antivioladores. No caben errores, ni accidentes. Sólo queremos humillar a ese cabrón, al menos lo mismo que él ha humillado a Seline. Sólo queremos que sepa lo que se siente.

Esperamos tras la esquina de un viejo almacén, a oscuras. Huele a moho y a excrementos de rata. El sol ya se ha puesto hace un rato. Pasan los minutos, lentísimos. Nuestra respiración marca el paso de los segundos. Debemos mantener la calma, me repito mentalmente.

Al cabo de diez minutos, empiezo a pensar que Adam no vendrá.

Las chicas y yo nos miramos a los ojos, intentando decidir qué debemos hacer.

Con la mano les indico que tengan un poco más de paciencia. No podemos renunciar precisamente en este momento. Me asomo a mirar el agua, que es negra, oleosa.

Observo el ir y venir de los *skaters*; figuras encapuchadas que se mueven con los puños cerrados en los bolsillos de su chándal. Y entonces lo veo: Adam. Viene hacia nosotras. Trastabilla y se sostiene la cabeza con una mano.

Hago una señal a las demás. Esperamos.

En cuanto se acerca a la luz de una farola, observo que lleva la camiseta manchada de sangre. No consigo verle la cara, pero por el modo en que se mueve no cabe duda: alguien le ha dado una paliza. Y parece que se ha empleado a fondo. Sin duda, nos ha ahorrado un trabajo.

Me meto una mano en el bolsillo y rozo la campanita de Lina. Siento un escalofrío que dura un instante y casi pienso en dejarlo. Pero después ahuyento cualquier escrúpulo: Adam tiene que pagar.

Hago un gesto a las chicas.

Seline y Naomi asienten, pero están asustadas. Agatha, en cambio, está aparentemente tranquila. Debemos proceder. La retirada sería de cobardes.

Salimos al descubierto, rápidas e implacables. Adam se encuentra unas decenas de metros por delante de nosotras y se tambalea como una barca abandonada en una tormenta. Llegamos a su altura en unos segundos. Yo me coloco frente a él para cortarle el paso. Él ve mis piernas y levanta la vista a duras penas. Me reconoce.

Lo miro: tiene un ojo morado e inyectado en sangre. Parece que le han roto la nariz y tiene el labio superior hinchado. Lleva la clara cabellera enredada, con pegotes de sangre y despeinada como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Han borrado su belleza a golpe de puñetazo, como quien borra una pintura aún fresca pasándole un trapo por encima.

—¡Menudo espectáculo más asqueroso!

Soy yo la primera en hablar.

—¿Qué quiefes?

Escupe saliva, sangre y trozos de diente, y me señala con un dedo. La llamarada del dragón grabado en su anillo de plata parece crecer a la luz del farol. Estará pensando que hemos sido nosotras las que le hemos enviado a los que le han dado la paliza. Se equivoca, pero dejo que se lo crea.

—¡Lo sabes perfectamente!

Seline da un paso adelante y le escupe por la espalda. Es ella la que lleva el spray.

Se adelantan también Naomi y Agatha, silenciosa como siempre.

—¿Qué le has hecho a Seline, desgraciado? —grita Naomi. Después le quita el spray de las manos a Seline y se lo acerca a las narices a Adam—. ¿Ves esto? ¿Quieres un poco?

Ahora parece asustado. Abre el ojo sano todo lo que puede.

—No... No... sfto...

Es el momento de presionar.

—¡Dame el teléfono!

Él obedece y me entrega el móvil.

—¿Está aquí ese maldito vídeo?

—No...

—¿Está aquí?

Adam asiente. Yo le entrego el móvil a Seline.

—Borra esa porquería, Seline.

Lo tengo todo controlado.

Sin embargo ella lanza el móvil al río. Oigo el ruido al caer al agua. Adam suelta un improperio.

—¿Pedo te haf vuelto loca?

—Cállate.

Agatha se ha mantenido en silencio, pero de pronto da dos pasos hacia Adam. Intuyo que algo va mal, y la agarro de un brazo para detenerla. Ella se echa atrás y vuelve a su posición. Su mirada tiene algo inquietante.

Adam vacila, con las piernas inestables, hasta que cae ante nosotras de rodillas. Observo que se ha quedado mirando fijamente las viejas deportivas rojas de gimnasia de Agatha. Las lleva siempre, son su señal de identidad y probablemente el único calzado que tiene.

Naomi me lanza una mirada interrogativa. No sabe qué hacer. Las otras también parecen dudar.

Agatha vuelve a la carga. Le arranca el spray de las manos a Naomi y dice:

—Procedamos con nuestro plan.

¿Qué tendrá en mente?

Aferra a Adam por el cabello y le echa la cabeza hacia atrás. Él la mira con el ojo sano. Es una mirada de desafío. Comprendo que tiene miedo, pero que antes preferiría perder la vista que admitirlo. Agatha no duda: hace saltar el tapón de protección del spray. Su agresividad se extiende por el aire, como una nube de gas tóxico.

—¡No eres más que un gusano asqueroso!

Y le dispara el gas pimienta a la cara.

Adam grita como un animal en el matadero y también Seline grita, intentando dar salida al mar de vergüenza que lleva dentro. Pero lo que sale no es más que una gota.

Naomi se ha quedado de piedra.

Agatha descarga toda la botellita, y hasta que no la acaba no suelta los cabellos de Adam, que se retuerce por el suelo, con las manos apretadas sobre los ojos.

—¡Quema! ¡Quema! ¡Quema!

Agatha sonrío, maligna. Tira la botellita, ya vacía, al río. Yo procuro ahuyentar un torbellino de pensamientos que me rondan por la cabeza y me arrodillo frente a Adam.

—¡Quemaaaa!

—Por ahora basta con esto —le anuncio—. Pero si abres la boca, te garantizo que la próxima vez te prenderemos fuego como a un farolillo.

Por su silencio y sus contorsiones entiendo que lo ha comprendido.

Echo a correr. Escapamos.

Las chicas están conmigo. Justo detrás.

Lo dejamos allí, en el suelo.

El corazón me va a toda mecha.

En el bolsillo resuena, lejana, una campanita.

*M*e despierto sobresaltada. Todo está oscuro.

¿Qué hora será?

El despertador indica la medianoche. Enciendo la luz y veo mi cuaderno violeta. Está allí, en el suelo, a los pies de la cama, en la misma posición en que lo había dejado. Como si me esperara, con aquella página llena de letras escritas con mi caligrafía, pero que yo no recuerdo haber trazado.

Al mirarlo siento una especie de vértigo. Me siento al borde de un precipicio. Me estiro hasta el borde de la cama, lo rozo con la punta de los dedos y lo cojo. Hecha un ovillo con las sábanas, no puedo evitar seguir con la lectura del texto iniciado por la mañana.

Lo he escrito yo, sin duda, pero con una escritura que no controlaba, un flujo de pensamientos independientes de mi voluntad. Debo de haberlo tirado al suelo en una especie de trance. De sueño. De pesadilla. De realidad. No recuerdo lo que he escrito. Un raudal de palabras, sin pensar. A pesar del cansancio, la respiración agitada y la oscuridad del exterior, que presiona contra las ventanas, leo. Palabras que no me creo. Me repito que quizás haya descrito parte de un sueño, que quizás haya plasmado en el papel una fantasía propia.

¿Por qué?

¿Y cuándo?

Me siento en la cama, con los ojos pegados a un cuaderno violeta de páginas color marfil, con el rostro carente de toda expresión.

Es una lectura atenta, que me deja agotada. Cuando termino, me duermo con la luz encendida, y el miedo flota en la

frontera entre sueño y realidad, entre conciencia e inconsciencia, entre Alma y algo más.

El sonido del despertador resulta traumático.

El cuerpo reacciona automáticamente, pero parece demasiado pesado para ser el mío. Tengo la cabeza tan llena de imágenes que la siento vacía, porque no consigo concentrarme en ninguna en particular. Adam, la emboscada, Agatha, los gritos, el relato en el cuaderno... son un montón de espinas que se me clavan en la mente y que me ahogan con una sensación de angustia acompañada de un dolor leve pero constante.

Me acerco a la ventana y la abro. A la luz grisácea de la mañana, el cuaderno violeta brilla como una amenazante máscara tribal. Lo he dejado sobre la cama, aún abierto. Tengo que hacerlo desaparecer. Me decido por el armario, debajo de todo. Ropa, zapatos, bolsos, viejas pelucas, lo que sea, con tal de que nadie lo encuentre. Lo levanto todo y lo meto debajo.

Necesito una ducha.

En el pasillo me encuentro a mi madre, que me mira asombrada, como si tuviera monos en la cara.

—¿Alma? ¿Qué pasó anoche?

—No he dormido muy bien.

Intento no levantar la vista. El pelo me cae sobre el rostro.

—Esta noche Gad viene a cenar a casa.

—Ah.

Gad es el nuevo novio de mi madre. Ella tenía dos *bonus* de invalidez sentimental que podía aprovechar: el de haberse separado de un hombre que no valía nada (mi padre) y el de viuda (del padre de Lina y Evan). Podía aprovecharlos para conseguir algo mejor, pero no: ha elegido a Gad. O mejor dicho, él la ha elegido a ella, y ella no ha hecho más que aceptar. Se ha dejado llevar, como esas vacas que siguen a la primera de la fila, sin pensar, en dirección al matadero. Gad es un buen tipo, nadie lo niega, pero es un hombre gordo y a menudo está sudado. Tiene una freiduría, lo que significa que huele a frito veinticuatro horas al día, siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año. Y no hace tanto que salen juntos como para

poder decir si huele mal también el 29 de febrero, ese día que sólo existe una vez cada cuatro años. No hay un jabón, perfume o disolvente capaz de eliminar ese olor. Hasta su dinero parece pasado por aceite.

Jenna dice que ya se ha acostumbrado. Y será verdad, porque el frito forma parte del paquete «amor incondicional, sustento económico y disponibilidad total» que le ha ofrecido Gad. Porque mal que le pese, Evan, Lina y yo formamos parte del trato.

La cuestión es que Jenna se conforma. Y se equivoca. Siempre ha sido una mujer guapa, muy atractiva, pero los golpes que ha recibido, golpes sentimentales, la han debilitado. Le han hecho cerrar los ojos y también la nariz.

Si caminas con un cojo, acabas cojeando, de modo que últimamente ella también tiene un olor extraño, una mezcla de fritura y medicinas que parece tener la capacidad de enturbiar el azul de sus ojos, apagar el brillo dorado de sus cabellos castaños y dar mayor profundidad a las arrugas de su rostro.

A diferencia de Gad, Jenna está cada día un poco más delgada. Y va perdiendo su encanto.

La miro a través de mi flequillo, que cae como barras de hierro negras. ¿Cuál de las dos es la que está encarcelada? ¿Ella o yo?

—¿Patatas fritas? —pregunto, sarcástica.

—También podrías demostrar algo de entusiasmo de vez en cuando.

No digo nada más.

—Déjalo. Ya sé que no te gusta. Pero intenta al menos ser educada.

Suspira y se aleja.

Yo siempre soy educada.

Entro en el baño y enseguida me encierro en la ducha.

Me lavo e intento quitarme de encima todo lo que puedo.

Las calles de la Ciudad a las ocho de la mañana están atestadas de gente.

Caminan rápido, hablan por teléfono, comen, beben, todo a

la vez, para ahorrar tiempo. Y para no caer en la cuenta de que es del todo inútil.

Alguien hace *jogging* en medio del tráfico. Con sus ridículas zapatillas tecnológicas y los auriculares puestos, sudando y escuchando cantos lejanos, estos tipos intentan convencerse de que no pertenecen a este engranaje de locura, gasolina y electricidad que nos está hundiendo en el gran mundo de la nada.

Aunque a un precio con descuento, eso sí.

Mientras espero que el hombrecillo rojo del semáforo se convierta en un hombrecillo verde, pienso en Adam. En la pobre Seline. En mi sueño. En el relato. Todo junto, para ahorrar tiempo yo también.

Él me mira. Tiene unos grandes ojos color avellana. Parece contento de servirme y esbozo una leve sonrisa. Lleva un delantal que no es suyo, pero se pone a trabajar de inmediato. Al cabo de un instante me sirve mi café.

—Está caliente.

38 Cojo el vasito desechable con cuidado y le rozo sus dedos calientes con los míos, helados.

Le pago.

—Que vaya bien el día —dice.

—Gracias.

Me alejo con su mirada pegada a la espalda, a los vaqueros ajustados, a las botas marrones, a las puntas de mis tacones.

«Sé que me estás mirando», pienso. Le dejo que lo haga. Me gusta ser el centro de atención.

Cerca de la puerta del bar hay un montón de periódicos gratuitos. Me detengo a hojearlos, mientras el hombrecillo del semáforo se vuelve rojo otra vez. El titular de portada del *City-News* está escrito en grandes caracteres. Y debajo hay también una fotografía.

Una valla publicitaria con una montaña rusa.

GRAN INAUGURACIÓN EL 19 DE FEBRERO.

Conozco ese anuncio.

Lo conozco bien.

Cojo el periódico.

«Joven publicista salvajemente crucificado.»

El vaso de café de pronto quema y pesa demasiado. Se me escapa de la mano y su contenido cae por el suelo, alrededor de mis botas.

—¡Oh, Dios mío!